

DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA.

NOTICIA BIOGRÁFICA Y JUICIO CRÍTICO.

El descuido y abandono de los escritores en consignar las noticias históricas de los hombres distinguidos de su tiempo, es para los sucesores causa de justa reconvención, sin hacerse cargo de que ellos mismos suelen usar con sus contemporáneos de igual injusticia, que les será igualmente echada en cara por los que vendrán después.

Y este abandono, y esta dificultad de averiguar los sucesos, se hace sentir tanto más, cuanto más cercanos están á nuestros días; de suerte que, tratándose de formar artículos ó noticias biográficas, nos es más fácil escribir uno de Cervantes ó de Lope, que otros de Iriarte ó de Cienfuegos, que murieron ayer. No parece sino que los hombres están convenidos en negar su atención y desdeñar el estudio de los que vieron y trataron, para consagrar sus vigilias y diligencia en busca de tradiciones y recuerdos vagos de los que los siglos anteriores miraron con igual desden.

Estas reflexiones nos han venido naturalmente á la pluma al tiempo de querer trazar este ligero bosquejo de uno de los autores privilegiados del siglo anterior: del crítico audaz, cuyo carácter turbulento excitó á la vez el entusiasmo del público y el encono de los escritores; del autor patriota, que por un exceso de celo se dejó arrastrar á los más violentos extravíos en defensa de una causa noble y justa: la causa de la antigua poesía nacional.

Todos los libros que hemos tenido á la vista para trazar estas líneas, las obras de los señores Sempere, Signorelli, Buterveck, Sismondi, Bourgoing, Laborde, Martínez de la Rosa y Quintana, nos suministran diversidad de juicios críticos, más ó menos extensos y razonados, acerca de GARCÍA DE LA HUERTA como autor; pero todos son harto escasos en proporcionarnos datos del hombre; es decir, de aquellas circunstancias en que le colocó la suerte, y que pudieron influir en su desmedido orgullo, su altiva independencia y su animosidad contra todo lo que le rodeaba. Faltos, pues, de estos datos, hemos recurrido á buscarlos á otras personas y á otros documentos más allegados á este escritor; pero desgraciadamente tampoco han podido satisfacernos tan cumplidamente como deseábamos, y únicamente hemos podido reunir algunas breves indicaciones biográficas, que expondremos, juntamente con nuestro propio juicio, sobre el carácter y obras del autor.

DON VICENTE ANTONIO GARCÍA DE LA HUERTA nació en la villa de Zafra, obispado de Badajoz, en 9 de Marzo de 1754, y fué hijo legítimo de don Juan Francisco García de la Huerta y de doña María Muñoz, personas ambas de calificada nobleza. Hizo sus estudios en la universidad de Salamanca, y ántes de concluirlos vino á Madrid, donde contrajo matrimonio, en 10 de Abril de 1757, con doña Gertrudis Carrera y Larrea, natural de aquella ciudad.

Desde sus primeros años demostró con repetidas obras su inclinación á la poesía; y entre otras de las primeras que contribuyeron á darle celebridad, puede citarse la *Egloga de los pescadores*, leída el 28 de Agosto de 1760, en la distribución de los premios de la Academia de San Fernando. Estos versos, y otra multitud de composiciones que diariamente salían de su pluma; la arrogancia y osadía con que desde un principio se anunció como el restaurador del gusto nacional, fuertemente atacado en las obras de los Luzanes, Montianos y otros preceptistas á la francesa; su juventud, su belleza personal, el desenfado de sus modales, y la brillante posición social en que muy luégo se colocó, como bibliotecario de la Real, oficial de la secretaría de Estado é individuo de la Academia Española, de la de la Historia y de la de San Fernando, atrajeron á HUERTA el favor del público y el fácil acceso á la más elegante sociedad, á par que la envidia y encono de casi todos los escritores de su tiempo.

Pero HUERTA, en vez de desarmar á éstos, y hacerse más y más digno de aquéllos con su estudio y adelantamientos, prefirió envolverse en la nube del incienso que quemaba en sus aras el vulgo admirador, y lanzar desde allí rayos acerados, continuos, indiscretos, contra todos los que osaban negarle el tributo de adoración; protestando audazmente contra toda regla que no fuese su capricho, y convirtiendo en absurda una causa cuyo origen era loable, á fuerza de indocilidad, de acrimonia y de jaetancia.

Una desgracia doméstica, de la cual no tenemos datos suficientes para consignarlos aquí, pero que podemos atribuir también á la extravagancia y fiereza de su genio, le hizo decaer rápidamente del favor de la corte, hasta el extremo de ser privado de sus empleos, y confinado á la plaza de Orán, donde permaneció algunos años. Pero HUERTA no por eso se desanimó ni cedió un punto de sus arrogantes pretensiones; y el público, interesado más y más por él á causa de su adversidad, continuó recibiendo con entusiasmo sus producciones líricas, en todas las cuales parecía afirmarse en sus extravíos, su obstinación y su independencia.

Regresado después á Madrid, no quiso volver á sus antiguos empleos, por no querer hacer para ello solicitudes que le parecían incompatibles con su honor ofendido y su inocencia; y creemos que por entonces estuvo únicamente ocupado en la casa del Duque de Alba, uno de sus más decididos favorecedores.

Durante su larga ausencia, las nuevas doctrinas literarias se habían desarrollado notablemente; el gusto del público, dirigido por hombres tan aventajados como Jovellanos, Iriarte, Forner y Moratín, había cambiado casi del todo; y HUERTA, en lo más vital de su carrera, en lo más encumbrado de sus manías, se veía atacado continuamente por hombres á quienes él había mirado con desden, y que ahora volaban ya á su altura, á impulsos del aura popular.

No era hombre HUERTA de ceder un punto en su sistema por este contratiempo. A las apreciables obras de sus contrarios respondía con amargas sátiras y afectado desden; á los punzantes epigramas que aquéllos le devolvían, contestaba con denuestos, y tratándoles poco menos que de traidores á la patria por su manía en imitar las obras extranjeras. No contento con esta lucha interior, ni bastándole á desfogar su carácter procaz, promovió otra no menos acre con los escritores franceses, italianos y de todas las naciones, que no confesasen y sostuviesen la infalibilidad de Calderon y de Góngora.

En sus escritos críticos, que por fortuna son hoy apenas leídos, se ve lo que puede extraviarse la razón de un hombre de talento cuando echa por el camino del orgullo y de la intolerancia. Allí se trata nada menos que de imbéciles á Racine y á Corneille, se proclama altamente ignorante al público francés, se dicen mil desatinos de los escritores italianos, y hasta la figura colosal de Voltaire, que por entonces llenaba la Europa, queda acribillada á impulsos de los fieros dardos de nuestro poeta extremeño.

Deseando probar sus asertos en favor de la excelencia del antiguo teatro español, emprendió HUERTA, en 1785, la publicación de una colección de comedias de las que él creyó más perfectas de Calderon, Solís y otros autores; pero desgraciadamente, ni su gusto propio ni el de la época eran para hacer con buen juicio esta elección; por manera que si fuera posible achacar monotonía al magnífico y aún ignorado tesoro de nuestro antiguo repertorio dramático, sería buen documento la colección de HUERTA, en que dió casi exclusivamente preferencia á las comedias de intriga, descuidando completamente los otros géneros, y mostrando parcialidad exclusiva con unos autores, al paso que afecta olvidar á otros, y entre éstos, nada menos que á Lope, Tirso de Molina, etc.— Los juicios que hace de aquéllos y de sus comedias son igualmente apasionados, escasos de criterio; de suerte que esta colección ha llegado á desaparecer justamente, y únicamente hallamos de apreciable el tomo último, en que inserta un catálogo de más de seis mil títulos de comedias españolas.

Pero lo que hay que observar con sorpresa es, que este mismo hombre, que proclamaba tan alto su sistema, y que negaba á su siglo la facultad de tener un gusto distinto del anterior; que anatematizaba á los clásicos de allende y á sus imitadores de aquende hasta el extremo de ponerlos fuera de la ley del sentido común, cediese luégo insensiblemente á la fuerza del gusto dominante, y se dejase arrastrar, á su pesar, en la práctica por un camino tan distinto del que trazaba en teoría.

Con efecto, las obras dramáticas de HUERTA (las más notables y mejores de las varias que escribió) vienen de todo punto á dar razón á sus contrarios, y demuestran bien á las claras que

su talento era capaz de convencerse, aunque sin confesar ni creer él mismo en su convicción.

Esta circunstancia envuelve tal contradicción, y da tal carácter de extravagancia al personaje, que apenas podemos comprenderle los hombres de este siglo, cuando, después de saber que ocupó la mayor parte de su vida en atroces diatribas contra los preceptistas y galomanos, vemos luego en sus obras dramáticas una obra griega (*Agamenon vengado*), una traducción del francés de ese mismo Voltaire, blanco de sus tiros (*Jaira*), y una tragedia española con las formas clásicas (*Raquel*).

Esta última, la más importante de las producciones de HUERTA, y la única que hoy hace recordar su nombre con aprecio, en medio de su sujeción a los preceptos de Horacio, es, sin embargo, la expresión del pensamiento, noble en sí, aunque exagerado, que inspiró a HUERTA toda su vida: el de restaurar la pompa, originalidad y bizarría de nuestro teatro nacional, contra el amañado disfraz de que pretendían vestirle los críticos traspirenaicos. Y ¡ojalá que, más afirmado en su juicio, hubiera prescindido en su obra de ciertas reglas, que ahora se tienen ya por inútiles, como las unidades de tiempo y lugar! Entonces hubiera demostrado más y más la verdad que, ciego de pasión, acometía, y no adoleciera de los mismos defectos que pretendía combatir.

Esto no obstante, y aunque aprisionado en la complicada red que los críticos preceptistas se complacían por entonces en extender sobre toda obra del genio; aunque dominado, á su pesar, por la fatal condición que el público de la época imponía con pesado hierro á su mano, ¡cuánto no campea en la *Raquel* el altivo pensamiento, la generosa independencia, la lozana imaginación de aquel paladín de nuestras antiguas glorias literarias, de aquel imprudente defensor hasta de los extravíos del genio español.

Por muchos que sean los años transcurridos, por mucho que los sucesos y las alteraciones de la época hayan influido en nuestro modo de ver y juzgar las obras literarias, todavía no hemos perdido del todo el gusto español, y un cierto orientalismo en las ideas, que nos hace simpatizar con aquellos talentos que se nos revelan con cierto aparato de formas, pompa y magnificencia en la expresión.

La aparición de *Raquel* en el teatro español, en 1778, fué para HUERTA el apogeo de su triunfo; no de estos triunfos momentáneos y desabridos que hoy están en uso, y consisten en que cuatro amigos pidan á voz en grito que se les saque á las tablas al autor, sino triunfo tan espontáneo, inmenso y verdaderamente nacional, que acaso no tiene otro semejante en los fastos de nuestra gloria literaria. Baste decir que todos los teatros de España la pusieron simultáneamente en escena; que mientras el autor preparaba su impresión, fueron sacadas á mano más de dos mil copias para las Américas, y que reproducida después por la prensa hasta once veces en vida de su autor, llegó á poco tiempo á ser tan popular, que desde el Rey hasta el último manolo de Lavapiés repetían de coro aquellos magníficos versos de la exposición:

Toda júbilo es hoy la gran Toledo; etc.

Ocasión era ésta para juzgar desapasionada y concienzudamente, á más de sesenta años de distancia, esta célebre y singular producción; pero sería de nuestra parte sobrado atrevimiento, después del exquisito análisis de ella que, con la suma de conocimientos, gusto y buena fe que le distinguen, consignó en sus obras críticas el señor don Francisco Martínez de la Rosa.

Las nuevas doctrinas literarias (que parece haber anticipado HUERTA más de medio siglo) han venido, sin embargo, á justificarle, en términos que hoy los críticos más juiciosos, y entre ellos los señores Martínez de la Rosa y Quintana, parecen echarle en cara su docilidad á plegarse á las unidades de tiempo y lugar; docilidad involuntaria, que le fué impuesta, como queda dicho, por su época, y que realmente constituye el defecto principal de la *Raquel*; pues es bien seguro que con mayor amplitud para explayar su argumento que el angustioso término de un día y el escaso espacio de un salón, hubiera HUERTA podido desplegar más medios en la conducción de la intriga y más verosimilitud en la catástrofe.

Pero, sea de esto lo que quiera, y disculpado de antemano por aquellos inconvenientes, todavía la *Raquel* es, á nuestro modo de ver, la tragedia más altamente española, en su esencia y conjunto, que ostenta nuestro teatro moderno; su expresión la más noble y espontánea, y su versificación la más rica y armoniosa que jamás se oyó en nuestra escena.

Todavía hoy, después de tantos y tan apreciables autores como han enriquecido ésta, es imposible desentenderse del encanto que produce su lectura; todavía, una vez leída, es imposible

olvidarla ni confundirla con otra alguna. Y decimos leída, porque los hombres del siglo actual no hemos podido tener el placer de verla representada en nuestros teatros; pues unas veces por causas políticas, fáciles de adivinar, y otras por los diferentes gustos literarios, no recordamos que haya sido ejecutada en nuestro tiempo; injusticia notoria con la primera joya de nuestra escena trágica, que estamos seguros sería vengada, en el día, de aquel desden, por el entusiasmo del público espectador.

Nueve años después de su ostentoso triunfo, víctima siempre de los continuados tiros de sus adversarios, aunque repeliéndolos con igual fuerza, murió DON VICENTE GARCÍA DE LA HUERTA en Madrid, el día 12 de Marzo de 1787, en la calle del Lobo, número 25, siendo sepultado en la parroquia de San Sebastián. Dejó un hijo, llamado don Luis, teniente de artillería.

La saña literaria (la más apasionada y duradera de todas), que tanto le había molestado en vida, no perdonó siquiera su tumba, y todavía la tradición nos conserva un burlesco epitafio, que se atribuye á Iriarte.

La posteridad, empero, exenta de la animosidad que inspiraba á sus contemporáneos por su carácter discolorado y altanero, debe apreciar justamente al gran poeta, sin hacer alto en las debilidades del hombre.

RAMON MESONERO ROMANOS.

POESÍAS.

ENDIMION.

POEMA HEROICO.

CANTO ÚNICO.

I.

Viva fuente de luz inmensa y pura,
Radiante autor del luminoso día,
Deidad que en vano resistir procura
Del caos nocturno la tiniebla fría;
A cuyo influjo debe su hermosura
Cuanto el terráqueo globo encierra y cria,
Pues os tributa obsequios reverente,
Por padre universal, todo viviente.

II.

Pastor galán, á cuyo nombre debe
Eterna fama el rústico cayado,
Desde que envidia, torpemente alevé,
El pellico os vistió no acostumbrado;
Divino director de aquellas nueve
Deidades que el tesálico collado
Hospeda fácil, porque en ecos diestros,
Himnos resuenen á los tímbrs vuestros.

III.

Númen de Cinto, tutelar de Delo,
Inspirad dulce acento al pecho mío,
Por desempeño del fogoso anhelo
Que á empresa tanta fuerza mi albedrío.
Así en Dafne logreis vuestro desvelo,
Calmando suave el áspero desvío,
Y así corone la amorosa llama
La pompa hojosa de su verde rama.

IV.

No de Marte sangriento belicosos
Conflictos dar al público pretendo;
Logros de amor, en todo venturosos,
Será el asunto que dudoso emprendo;
Quejas tiernas, suspiros amorosos,
Que, á los celestes orbes ascendiendo,
Abatieron con fuerza no importuna,
Entre los brazos de un pastor, la Luna.

V.

Desde el Meandro, en su corriente vario,
Hasta el Icaro mar, siempre famoso,
A quien dió nombre el hijo temerario
Del fugitivo artifice ingenioso;
Dulce verdor, florido, extraordinario,
Vestido al campo da tan delicioso,
Que, aunque no su hermosura se exagera,
Dirás que nace de él la primavera.

VI.

Este hermoso país, á quien no ha dado
El rústico labor, ni el hierro insulto,
Pues liberal produce, de su grado,
Dobles cosechas de su seno inculto,
De los bárbaros Cares habitado,
A Páles tributaba ardiente culto,
Siendo constantes de su celo indicios,
En cien aras perennes sacrificios.

VII.

Al pastoril oficio sólo dados
Eran los moradores de la tierra,
Y huyendo la prisión de los poblados,
Vagos vivían la fragosa sierra.
No sujeta al aprisco sus ganados,
Cada res libre por el monte yerra;
Aquí canta un pastor entretenido,
Allá suena de la onda el estallido.

VIII.

Todo era libertad, todo bonanza;
Tal cual queja de amor se percibía;
Que no hay región remota que no alcance,
Dulce rapaz, tu suave tiranía.
Nadie de amor evita la asechanza,
Por remedios que oponga á su porfía.
Vive desiertos, huye las ciudades;
Que amor te buscará en las soledades.

IX.

A este pensil hermoso, en que eslabona
Su copia Ceres, Flora sus primoras,
Inalterable alcazar de Pomona,
Dilatada república de flores,
Sirve al erguido Látrmos de corona,
Adornando sus cumbres superiores,
Como señor de cuanto predomina,
De laurel verde y permanente encina,